



*Madre / Montaña  
/ Jazmín*

Crónica de 1973

Tomo I

Roberto Gac Artigas

**ENCUENTRO CON EL GENERAL PRATS EN PARIS, 1973**  
**(Fragmento de *Madre / Montaña / Jazmin*, Tomo I)**

...Comenzaba a divisar a dos oficiales vestidos de gala conversando con el Encargado de Negocios en lo alto de la gran escalera de mármol que conduce a los salones de la embajada en París, cuando me interceptó, ágil y silencioso, un chambelán francés. Me pidió mi nombre para anunciarlo en voz alta, yo se lo di con desgano, deseando encontrarme lejos de allí, gozando otra vez del dulce anochecer de primavera. El chambelán no entendió mi nombre, yo se lo repetí, él volvió a no entenderlo. Nos sumíamos ambos en una callada perplejidad, cuando avanzó hacia mí el Encargado de Negocios poniendo término al penoso malentendido. Lo saludé aliviado, le rogué que excusara la modestia de mi indumentaria, inadecuada a la elegancia de la situación, pero él me dio a entender con perfecta mundanidad que todo estaba en orden, que podía seguir adelante. Me presentó entonces al general que esperaba en silencio, algunos pasos más atrás, mi anónimo saludo. Me incliné profundamente frente a su esposa, repetí ante él mi reverencia, diciendo al mismo tiempo: "General Prats, para mí es un honor inmerecido estrechar su mano".

En efecto (y aquél era el origen de mi interés en un cóctel que, en otro caso, hubiera evitado) desde hacía un tiempo observaba, a través de la prensa europea, la admirable actuación de un hombre que había sabido poner por encima de sus intereses de clase, el interés de Chile. Llegado a la jefatura máxima de las Fuerzas Armadas en un momento dramático de la historia del país -en los días posteriores al asesinato del general Schneider, crimen cometido por una banda fascista y destinado a impedir la ascensión de Salvador Allende a la presidencia de la República- el general Prats había logrado devolver la calma al ejército y a todo el pueblo chileno, facilitando la entrada en funciones del presidente legítimamente electo.

Ese gesto de lealtad a la Constitución había no sólo asegurado la paz en el interior de Chile, sino que, trascendiendo las fronteras del país, había iluminado con su ejemplo la escena internacional, ensangrentada por los innúmeros militares que oprimen a sus conciudadanos obedeciendo los designios del imperialismo. Así, la prensa del mundo entero descubría la existencia de un oficial que, pese a haber hecho sus estudios de postgraduado en los Estados Unidos, había mantenido intacta su conciencia patriótica y defendido con energía los intereses de su pueblo frente a los intentos de traición organizados por la burguesía nacional y los agentes estadounidenses.

Todo esto hubiera querido decirle al general Prats detrás de mi saludo, pero los invitados que seguían llegando y mi condición de desconocido me convencieron de la inoportunidad de mis palabras. Sin embargo el general pareció darse cuenta de mis

intenciones: con una modestia que me dejó hondamente conmovido, dio un paso hacia atrás y, haciendo una venia, me hizo comprender que se consideraba indigno de mi homenaje. Estreché la mano -cálida, amplia, fuerte- que me ofrecía, me incliné otra vez delante de su esposa y me dirigí hacia los salones.

Al fondo de uno de ellos, detrás de una larga mesa cubierta por un mantel blanco, se apretaban los invitados en una especie de carrera a los canapés, a los pasteles y confites, al torrente de licor que manaba inagotable. Quise aproximarme al buffet, pero la muchedumbre me impidió el paso, obligándome a detenerme casi codo a codo con un militar chileno. Metido en su bien cortado uniforme verde gris, las insignias de su regimiento brillando sobre el paño rojo del cuello y en las hombreras de su guerrera, la apariencia de ese hombre era casi idéntica a la de los otros militares diseminados en la reunión. De ahí mi sorpresa cuando, temiendo dirigirle la palabra a un alto oficial de la comitiva, descubrí que mi vecino era un humilde sargento, asistente del agregado militar de la embajada.

Impulsados hacia un claro abierto junto a la mesa, acepté la copa que me ofreció y después de brindar a nuestra salud según la usanza popular, nos trabamos en amena conversación. Hombre de más de cincuenta años, se acercaba al término de su carrera cuando su excelente hoja de servicios le valió el nombramiento en Francia. Pero aquel soldado -simple, inteligente, rodeado de un aire a la vez serio y bonachón- no quería ver en su designación un premio u honor personal, sino la última y más difícil responsabilidad en su vida al servicio de la patria. Su existencia en París no carecía de sobresaltos a causa del cambio de

idioma y costumbres, pero sobre todo era ensombrecida por una intensa nostalgia de Chile. Acompañado por su esposa al salir del país, el sargento había debido separarse de sus hijos, retenidos por sus obligaciones escolares. Con lágrimas en los ojos recordó las últimas horas pasadas con ellos en un paseo por el río Calle-Calle, excursión en lancha que prefería, visiblemente, al más espectacular de los periplos por las aguas del Sena.

La conversación con aquel sencillo soldado nacido y criado en el seno de los valores del pueblo -amor a la patria, a la familia, cumplimiento del deber, afable jovialidad, honestidad y franqueza- ejerció sobre mi ánimo el efecto de un bálsamo tranquilizador, me ayudó a tomar conciencia de las raíces populares de las Fuerzas Armadas chilenas. Y me permitió también comprender la esperanza que el gobierno de Salvador Allende depositaba en ese hecho, decisivo para el desarrollo de la experiencia revolucionaria de la Unidad Popular. En Chile, a diferencia de lo que había ocurrido en otros países de América Latina y Europa, el ejército no sólo no se había opuesto a los cambios necesarios para crear una sociedad más justa, sino que, respetando su juramento de lealtad a los intereses de la nación, se había convertido en el guardián institucional de aquellas reformas.

Brindamos una vez más con el suboficial (quien ya me había presentado a su mujer, una simpática nortina) y nos disponíamos a seguir nuestra charla como si no hubiera habido nadie más en esa reunión, cuando una larga silueta, callada y sombría, se perfiló a nuestro lado. Era un oficial de elevada estatura que yo había visto poco antes conversando animadamente con el Encargado de Negocios, y quien,

seguramente atraído por los bocadillos y el champaña, separado de su escolta por el vaivén constante de la gente, se encontraba de modo imprevisto a nuestro lado. El sargento lo saludó con prontitud, hizo las presentaciones del caso. "El general Bonilla", anunció sin énfasis, mirándose lo punta de los zapatos. Yo me puse tenso, movido por una incontrolable sensación de alarma. Miré al oficial, en cuyo rostro petrificado no me fue posible descubrir ni un solo signo de amabilidad. Calvo, de una edad indefinible, usando gruesos anteojos contra la miopía, el general Bonilla se mantuvo en una posición exageradamente erecta.

Quise romper el hielo que había congelado nuestra cálida conversación y nada me pareció más adecuado que hacer el elogio del suboficial, en cuya designación diplomática veía confirmadas las tradiciones populares del ejército chileno. "Como patriota me siento orgulloso, general, de haber encontrado en esta recepción a un auténtico hijo de nuestro pueblo", comencé a decir mirando al sargento, que se balanceó inquieto sobre sus piernas. "La presencia de este hombre aquí en París es una prueba más de la calidad democrática de nuestras Fuerzas Armadas", continué, sin comprender los signos de alerta que asomaron en los ojos del suboficial. "Permítame felicitarlo, general Bonilla, por pertenecer - al igual que el sargento aquí presente- a un ejército que hoy día es uno de los ejemplos más brillantes de lealtad a un gobierno legalmente constituido".

Aquel improvisado discursillo no hacía parte, aparentemente, de los planes de Bonilla. Pálido de ira, me disparó una mirada que me heló la espalda. Durante penosos instantes sentí que si ese hombre hubiera tenido un poder efectivo, no

habría dudado en dar la orden de arrestarme, quizás de fusilarme. Pero más que todo temí que mis palabras fueran causa de la desgracia del humilde sargento quien, consciente de la gravedad de mi impertinencia, me suplicaba con sus pupilas que guardara silencio. "Soy escritor, general", osé aun decir, tratando de abrir una brecha en el muro de sus facciones rígidas. "Mi presencia en este lugar obedece al propósito de escribir un artículo sobre la visita del general Prats", agregué, sin creer del todo en lo que estaba diciendo. Estas últimas palabras produjeron el efecto buscado, Bonilla se dispuso a hablar. "Naturalmente", dijo con voz forzada. "Nosotros tenemos la costumbre de premiar a los mejores", lapidó, sin mirar siquiera al suboficial, abandonando en seguida nuestra compañía con un gesto de desdén.

Permanecimos callados algunos segundos, finalmente el sargento se decidió a reanudar la conversación. "Serví bajo el mando del general Bonilla en el regimiento Carampangue, antes de que el presidente Frei lo escogiera como edecán. Es curioso: ahora me doy cuenta de que tanto él como yo, cada uno en su propio escalafón, hemos ido tan lejos como nuestra carrera lo permite..." Iba a agregar otras palabras, cuando un ordenanza se acercó hasta él y le dijo algo al oído. Una mueca de desconsuelo cruzó el rostro del sargento. "Perdónenme", se excusó. "Tengo que irme. El general Bonilla me manda a buscar unos papeles. Trataré de volver antes de que termine la fiesta", cambió con su esposa una mirada de resignación. Yo me sentí culpable del efecto negativo de un elogio que le había ganado al suboficial esa especie de castigo, y me retiré cabizbajo hacia otro punto del salón.

La agitación y el bullicio comenzaban a amainar. Los invitados iniciaban paulatinamente la retirada y yo pensaba hacer lo mismo, cuando vi a lo lejos al general Prats rodeado de un grupo de periodistas. Me dirigí hacia ellos detrás del Encargado de Negocios, quien, después de haber prácticamente ignorado su presencia durante el cóctel, también se acercaba al huésped de honor. Pude así escuchar la última parte de un debate que, al parecer, se prolongaba desde hacía largo rato. El general Prats respondía a las críticas de uno de sus interlocutores, un periodista inquieto por la participación de militares dentro un gobierno civil. “En nuestro país –decía el general- así como en la mayoría de las naciones del Tercer Mundo, la seguridad nacional está en estrecha relación con la independencia económica. Los sabotajes industriales, los desórdenes del comercio, el boicot de los intercambios internacionales –peligros concretos que amenazan hoy día a Chile- son en gran medida causados por la intervención de potencias extranjeras, infiltradas en nuestro aparato económico. Por ello todo lo que contribuya a defender nuestra soberanía –tanto territorial como económica- debe ser firmemente apoyado por las Fuerzas Armadas, de acuerdo con el mandato del pueblo chileno. Nuestra participación en el gobierno del presidente Allende ha obedecido a ese propósito, indisoluble de nuestro juramento de fidelidad a la Constitución”.

Aquella era la famosa “doctrina Prats”, revolucionaria en América Latina y que el mismo general, pocos días antes, había expuesto con claridad y firmeza delante de los periodistas estadounidenses, congregados en Washington para entrevistarlo durante su breve pasada por los Estados Unidos. Esas declaraciones no podían satisfacer al Pentágono, acostumbrado a



**mantener la dominación imperialista mediante la sumisión de los militares aborígenes. La venta de armas, la distribución de becas, el entrenamiento de oficiales en las técnicas de la tortura y de la represión, eran un medio para asegurar el tranquilo provecho de los hombres de negocios y no para defender una hipotética seguridad nacional de los países latinoamericanos, seguridad que el gobierno de los Estados Unidos no estaba dispuesto a respetar sino en la medida en que ella no se opusiera a sus propios intereses.**

**Pero el general Prats no reconocía otra patria que aquélla en la cual había nacido, otro interés que el pueblo al cual pertenecía. Las amenazas de muerte, las tentativas de traición de que era constantemente objeto, no amedrentaban a un hombre educado en la tradición de valentía y honor de Bernardo O'Higgins. Fue ese coraje, contra el cual se habían estrellado todos los intentos de sedición de la alta burguesía chilena, lo que yo quise saludar al hacer presente los elogiosos comentarios aparecidos en la prensa francesa con motivo de su visita. "¿En qué diarios? ¿Cuál día?", preguntó con precipitación el Encargado de Negocios. Me limité a citar el nombre de algunos diarios en los cuales había sido publicado el retrato biográfico de Carlos Prats y una reseña de su carrera militar. El general, turbado, agradecía el interés que su persona y su vida, su patriotismo inquebrantable, despertaban en los incógnitos admiradores que poco a poco nos revelábamos en torno a él. Íbamos a dispersarnos, cuando vi entrar a mi amigo sargento, cumplida la inoportuna misión que le había sido ordenada por Bonilla. Alentado por la sencillez y humanidad del general Prats, que no hacía ostentación alguna de su elevadísimo rango, le rogué que me permitiera presentarle al suboficial.**

Ni el sargento ni su mujer parecieron creer lo que sucedió enseguida: el Comandante en Jefe del Ejército Chileno se adelantó hacia ellos para encontrarlos a medio camino y saludarlos con la bondad de un fiel compañero. Tras felicitar al suboficial por su nombramiento diplomático, le preguntó por su vida en París, ofreciéndole luego su intervención para ayudarlo a solucionar no sólo sus problemas en Francia, sino también las dificultades que sus hijos enfrentaban en Chile. Bonilla, que había alcanzado a presenciar la escena, me miraba con odio por detrás de los hombros de su jefe. Pero esta vez yo no sentí más que desprecio, sólo temí por el futuro del general Prats y, más allá de él, por el de Chile. La presencia contradictoria dentro del ejército de individuos como Bonilla, infiltrados en el Estado Mayor en compañía de otros oficiales como Augusto Pinochet o Arellano Stark, esos siniestros individuos comprometidos con los círculos más retrógrados de la burguesía santiaguina, corrompidos mediante el dinero estadounidense, minaban el corazón mismo de la vida del país, amenazaban al gobierno democrático de Salvador Allende y a la Unidad Popular.

La fiesta llegaba a su fin. Pedí permiso al general Prats para retirarme, di mis parabienes al sargento y sin buscar al Encargado de Negocios, bruscamente desaparecido, me dirigí hacia la salida. Me asaltó un angustioso presentimiento que no alcanzó a transformarse en intuición pues en ese instante pasaron riendo a mi lado algunas parejas, últimos rezagados del cóctel. Terminé de cruzar solitario el patio adoquinado que aún me separaba de la calle, y con liviano paso –dejando atrás el peso de la noche- salí de la embajada...

